

Cultural :::: Las razones personales de una escultora al concebir un homenaje a las víctimas de las violencias.

Por Que Llora el Ojo



Lika Mutal vivió su infancia en Holanda, durante la ocupación nazi y en su casa escondieron a una niña judía. Procesos emocionales que regresan.

Lika Mutal, la escultora del monumento El Ojo que Llora, empezó a escribir los nombres de las víctimas de la guerra interna en febrero pasado. Ella, junto con un equipo de voluntarios escribió esos nombres en negro sobre piedra lisa color gris, y cada una de las 69,280 víctimas que perdieron la vida durante los 20 años de violencia se encuentra representada en el monumento. “Un trabajo lento y triste acompañado por muchos sueños”, me dice Mutal. “El proyecto mismo, la relación con las víctimas, eso es lo que avivó mis recuerdos de otra guerra”.

Para Mutal, quien reside en el Perú hace 38 años, el proceso emocional de escribir los nombres de los fallecidos revivió recuerdos de su infancia durante la ocupación nazi en su tierra natal, Holanda. Durante la ocupación, con el riesgo de ser enviados a un campo de concentración, los padres de Mutal albergaron a una pequeña niña judía en su casa durante un año. Lika, entonces de cinco años, compartió su cama con la huésped secreta de su familia durante ese período.

“Nunca hablaba, ni una palabra”, Mutal me cuenta. “Pero me recuerdo que si en algún momento durante la noche, por casualidad, le tocaba su piel, estaba helada. No puedo olvidar hasta el día de hoy la frialdad, la temperatura física helada de esa criatura. Y la constatación posterior que esa niña estaba petrificada por el miedo”

Además de un profundo sentimiento sobre “lo que significa ser perseguido” la superficie fría de las piedras del memorial le han proporcionado a Mutal una poderosa sensación de inmediatez con las víctimas a las cuales hace honor su escultura. “Yo tengo una piedra en mi mano, y escribo, así que en ese contexto, comienzo haciendo mi trabajo”, me dice. “Y luego, por un momento, pasa por mi mente, que esta persona murió con terror y agonía. Y después, de repente, me siento conectada a la esencia de esa persona, que está serena y aún existe”.

Este monumento ha traído una cierta medida de consuelo a Dolores García Gutiérrez, cuyo hijo adolescente, Heráclides, es una de las víctimas recordadas en El Ojo que Llora. “Tienes que acercarte con cierta alegría, pero llevando flores, velitas, algo así. Igualito yo sufro hasta ahora”, me cuenta.

Heráclides Irengo Gamboa García fue desaparecido por soldados en la provincia de Vilcashuamán en noviembre de 1984, al regresar de la feria donde había acudido a comprar comida para el festejo de su cumpleaños. “Era bueno, cariñoso, humilde” recuerda Dolores. Los restos de su hijo fueron después de tiempo encontrados en el sitio donde fue detenido.

Dolores García es ahora un miembro de COFADER, un grupo sin fines de lucro que trabaja a favor de la causa de los derechos humanos en el Perú. Quisiera participar escribiendo el nombre de su hijo en el memorial pero no sabe escribir.

Es una dura realidad: muchas de las víctimas jóvenes que conmemora El Ojo que Llora provienen de familias que no pueden leer sus nombres, y en particular, de ese sector de la sociedad sin voz, reflejado en la masacre del pueblo Asháninka, perpetrada por Sendero Luminoso.

“Cuando estaba en mi tierra no había terroristas, sólo pensaba en tigres y culebras”, dice Rebeca Ricardo Simón, representante Asháninka que testificó frente a la Comisión de la Verdad y Reconciliación. “Los subversivos mataban a los niños, los metían en costales y los tiraban al río”.

Es esta persecución de los humildes con sus 69,280 piedras que este memorial desea superar. Es un legado que pesa no solamente sobre Mutal sino también sobre los sobrevivientes de la violencia.

“La pregunta es si esto significa que la vida provinciana no vale”, me pregunta desafiadamente Anselmo Valdez, sobreviviente de la masacre de Accomarca. El 15 de noviembre de 1985, soldados buscando a Sendero Luminoso masacraron allí a 69 pobladores, incluyendo a 27 niños menores de 14 años. Entre ellos una bebé de tres meses, Marisol Baldeón Palacios.

“La herida no se puede aliviar con esto”, comenta el primo de Marisol, Florián Palacios, del Ojo que Llora. Anselmo Valdez demanda reconocimiento del valor de las vidas perdidas: “Esos niños que murieron, nada tenían que ver con la violencia política, y quién sabe, podría haber habido un Presidente de la República entre ellos”.

Para Mutal, es el valor inherente en cada uno de los nombres que conllevará a la reflexión que espera inspirar. La magnitud de la tragedia se palpa por el largo de la senda a través del memorial cuyos caminos crean una forma arquetípica de un laberinto.

“Es un camino muy largo, y al principio uno se impacienta pero, en un momento dado, se llega a la aceptación de que es largo”, explica Mutal. “Y uno se calma y el criterio propio desaparece, y uno se empieza a conectar. Luego ocurre el cambio y uno comienza a relacionarse a un nivel mucho más hondo.”

El objetivo de Mutal es que este proceso abra la puerta a las reflexiones que ella considera que son las más apropiadas para producir un cambio. “Dado que tanta gente fue desposeída de sus vidas, da la idea de que la vida es un obsequio”, dice. “Creo que uno tiene reacciones que pueden sorprender, no sólo sobre lo que pasó sino de lo que uno está haciendo con su propia vida”.

“Así que surge la pregunta: ¿qué es lo que estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo con mi vida y que estoy haciendo con mi vida en este contexto y en este país?”

La aspiración de Mutal para este memorial es que todos los miembros de la sociedad pasen por este proceso. “¿Qué espero que sea el resultado de esto?”, pregunta Mutal. “Espero que cada peruano transite por esta senda y saque sus propias conclusiones”. **(Sasha Chavkin*)**

*Estudiante de Nueva York becado por Fullbright en la Universidad Católica del Perú.